

UN VIEJO LOBO

Por

Pierre CHILI



PIERNIABIERTO, de andar balanceado en tierra, cual si el firme suelo fuera movediza cubierta de buque, de cara tostada por los vientos del mar, y como cortadas a cincel y a martillo sus facciones, era el contra maestre Urquijo, un "viejo lobo".

Todos a bordo le guardaban grandes consideraciones, y muchos almirantes, a quienes Urquijo conociera de chaquetilla corta cuando ya él "capitaneaba por alto", invitábanlo a menudo a sus mesas confortables, entre los secretos reniegos del contra maestre, a quien, en tan solemnes ocasiones, sofocábalo el almidonado cuello, confundíalo el profuso despliegue de los numerosos y plateados cubiertos dispuestos a su frente para el uso de su sola persona, y temblábanle las macizas manos al tomar las finas y delicadas copas de cristal de su almirante, temeroso de deshacerlas entre sus toscos y robustos dedos de antiguo gaviero.

Había crecido entre el velamen y las jarcias de las viejas fragatas y bergantines. Cuando se encontraba embarcado en algún moderno acorazado o crucero, se consumía de nostalgias por las velas, tal como el rústico y empedernido agri-

cultor en las pavimentadas calles de una capital elegante suspira por sus rubios trigales. . . Grande era su descorazonamiento cuando en tales buques dirigía sus escrutadoras miradas "por alto", al ver a los débiles y flacuchos palillos de la telegrafía sin hilos en vez de los gráciles sobres y las opulentas gaviotas amorosamente cruzadas a los esbeltos y soberbios masteleros, y al ver en vez de las blancas velas, un humo denso y negro por sobre las chimeneas. . .

Sus nostalgias de alquitrán y de velamen no terminaban hasta que no se le transbordaba a algún velero. En ellos, Urquijo renacía, y sus voces de mando eran entonces sonoras y entusiastas como un clarín de diana en primavera.

—¡Sobrereros! . . . ¡Juaneteros! . . . ¡Capitanes de alto! . . . ¡Amolladores! . . . ¡Jarcias! . . . ¡Arriba! . . . — Y su pito de plata (premio de unas regatas ganadas en Ceylán) vibraba estridente como un canto de gloria.

Los guardiamarinas, mitad niños y mitad oficiales, le tenían su cierto respeto. Urquijo era una enciclopedia en arte de aparejar y maniobras, y a él recurrían los muchachos.

—¿Qué haríamos, contra maestre, si se nos tronchara, navegando, el bauprés?

—¡Eso no puede pasar, señor!... ¡Es muy firme el bauprés de esta corbeta!...

Y por sus ojos, como de alcastraz contento, pasaba una racha de justa y vanidosa satisfacción, como si él fuera, cuando menos, el padrino de bodas del bauprés de su buque.

—Pero, supongamos que la avería ocurra en otro buque...

—¡Ah!... Eso ya es otro cuento.

Abría un poco más sus entreabiertas piernas y, adoptando un aire doctoral, decía:

—Lo primero que haríamos, mi guardiamarina, sería arribar en popa para que el viento nos tome de esa banda y no trabajen los estayes... Y en seguida...

Y en seguida... nadie ya lo detenía, prosiguiendo en largas disertaciones marineras que terminaban inevitablemente con el combate de Angamos.

¿Qué analogía podía existir entre un bauprés quebrado y la captura del "Huáscar"?... Ninguna. Pero el contraмаestre, tales mañas se daba, que insensiblemente su relato saltaba del bauprés a una cofa, de una cofa a cubierta, y de cubierta a su puesto de cabo de cañón en el "Cochrane"...

Era aquella su debilidad, su lado flaco. A pesar de existir en sus relatos algunos puntos muy discutibles, todos le escuchaban con complacencia: los oficiales, por temor de desvanecerle una inofensiva ilusión, y los grumetes, por temor a una trinca alquitrana que le servía al contraмаestre para castigar a los insolentes.

Urquijo, a fuerza de oírse a sí mismo tantas veces y de ver caras que lo miraban con asombro, estaba firmemente convencido de que él había salvado al país en tan memorable ocasión, pues, a no ser por él, hubiera continuado en sus correrías el "Huáscar", terminando al final por hundir a toda nuestra escuadra. Y de aquí a calcular que, dueños del mar nuestros enemigos hubieran sentado sus reales en La Moneda, mediaba poco trecho.

Considerábase amigo personal de don Juan José Latorre. En su camarote, olien-

te a alquitrán y a tabaco, tenía a su cabecera el retrato de su jefe y amigo.

—Lo conocí niño, y yo le enseñé a hacer su primer ballestrinque— decía mirando amorosamente el retrato. Yo entonces era sobrero en la "Chacabuco"... Buenas piernas tenía cuando niño Juan José para correr por las jarcias.

Según él (y nadie se lo contradecía), Latorre, durante el combate, se había bajado del puente de mando y encaminándose al cañón que apuntaba Urquijo, le había palmoteado el hombro y dicho:

—¡No seáis porfiado, viejo!... Siempre vos con tus porfías! Ponle alza 1.700 a tu cañón..

—Váyase para el puente no más, mi comandante, en donde hace harta falta. Déjeme a mi solito...

Agregaba que Latorre se había sonreído y movido su cabeza.

—Bueno; me voy. Te dejo solo... Pero si no le apuntáis al primer tiro, mañana te cuelgo del penol del trinquete...

Latorre se había dirigido a su puesto.

En seguida él había mirado al "Huáscar", haciendo pantalla con sus manos encima de los ojos.

—¡Para mí que el gallo está encerrado en la torre de combate, niños!... Ahí le vamos a hacer los puntos ¡... Ya está muchachos! Alza 850... ¿Están listos?... ¡Listo!... ¡Fuego!...

Un estremecimiento del buque, un batcazo fenomenal y la torre de combate del monitor hecha trizas por los aires... ¡Medio a medio!... ¡Si le hubiera puesto alza 1.700, el tiro hubiera pegado más de media legua lejos!...

Y al oírlo, a los embobados grumetes les parecía ver pedazos de acero flotar por encima de sus cabezas. ¡Había Urquijo, de consiguiente, salvado a la Patria!

Aparte de estas conferencias patrióticas, a menudo reunía a sus grumetes en el castillo bajo para darles consejos.

—¡El marinero, antes que nada es marino, muchachos!... Llega la hora de embarcarse y adiós la mamacita, la cría y la tierra con todas sus pestes... Un buen grumete debe encontrarse media

hora antes de embarcarse en el muelle. La peor falta que puede cometer un hombre del mar es "ponerle" en tierra...

—¿Y qué es "ponerle", mi contra-maestre?

—Ponerle es, pongo por caso, que a vos tus jefes te dan dos días de permiso y te quedáis por tu cuenta cuatro días en tierra. Eso es ponerle. Es lo más vergonzoso que puede hacer un buen marinero. Yo jamás le he puesto. ¡Nunca!... ¡En mi vida he faltado medio minuto a mis deberes! Y el día que lo hiciera preferiría que me votaran por un "invornal" a la playa...

Tal convicción y tal fuego ponía en sus arengas, que los grumetes lo miraban como a un santo apóstol sin garganta.

De manera que fue inmensa la sorpresa de todo el buque una mañana en que Urquijo, como el peor de los grumetes, se quedó en tierra "poniéndole"...

—¿Qué le habrá pasado al padre predicador?, decíanse los grumetes.

—¡Yo creía que no tenía garganta, y resulta que tenía el bebedero de un cauce!... decía otro, burlándose.

Lo peor del caso fue que el buque debía zarpar esa misma mañana, siendo necesario retrasar la salida a causa de Urquijo.

El comandante, inflexible con esta clase de faltas, se paseaba impaciente en la toldilla, listo para largar el aparejo. Había ordenado que una comisión armada fuera en busca del contra-maestre.

A media mañana entre dos sargentos, llegó a bordo el delincuente, con su cabeza gacha y mortalmente avergonzado.

El comandante lo miró de alto a bajo.

—Estas faltas no se estilan a bordo y mucho menos en un contra-maestre. No quiero oírte disculpas... Toca llamada de guardianes y repetido para salir inmediatamente de puerto.

—¡Todo-o-o... el mundo a sus puestos para salir de puerto! ¡Capitanes de alto! ¡Jarcias!...

El piteo del contra-maestre resonó esta vez triste y doliente...

Desde aquel día no les predicó ya más a los grumetes y de ellos se ocultaba en sus horas de reposo, avergonzado, en su

camarote. El retrato de su amigo Latorre parecía mirarlo con compasión y tristeza.

Uno de los grumetes se le acercó un día:

—La niñada está en el castillo bajo, lista para que nos predique, mi contra-maestre...

Como un puñal lo hirió la burla. Levantó en alto su trinca alquitranada y enrolló las piernas del insolente.

—¡Desagradecidos!... ¡Búrlense de su vicjo contra-maestre!...

Al siguiente día llegó hasta el comandante.

—Mi comandante —le dijo con amargura—, he perdido la estimación de "la gente a proa". Vengo a pedirle que en el primer puerto me largue como basura a tierra... Es imposible seguir viviendo en esta forma...

El comandante le tenía estimación. Suavizó su áspero tono de mando:

—Nunca quise pedirte explicación por tu falta y te perdoné sin oírte. Ahora dime: ¿qué te pasó en tierra aquella noche?

—Mi costumbre de contarle a todo el mundo mi cuento de cabo de cañón en el combate de Angamos, me fatalizó, mi comandante...

—Habla con confianza...

—Estaba ya listo para venirme a bordo cuando al negocio llegó un paisano de tierra muy letrado. Me lo presentaron y luego vinieron unas copas... Al poco rato empecé a contar lo que hice en el "Cochrane". En lo mejor estaba cuando el paisano me dijo:

—¡No cuente más esas estupideces!... ¡Usted y todos sus compañeros son unos asesinos!... No hay Patria, ni hay bandera tricolor... Esas cosas están buenas para los esclavos y los tontos... No hay más Patria que el Universo, ni más bandera que el trapo rojo..."

Usted me conoce, mi comandante... Soy más bien de genio tranquilo; pero no se qué me dio cuando lo oí hablar de aquella manera...

—"¿Es usted chileno? ... le pregunté.

—"Nací en Chile; pero soy del Universo".

Con el perdón suyo, mi comandante, me dio tanta rabia de ver que un paisano de la misma tierra de uno renegara de su Patria, que no aguanté más tiempo.

—“Si es del Universo, váyase para el Universo, y lo va a hacer ahora mismo, antes que yo —con el perdón suyo, mi comandante— lo mande estrobadado del pescuezo...”

—Porfiado el paisano, mi comandante Volvió a llamarme asesino, carnero asalariado y otras cosas que por respeto a usted no se las digo... Cuando me dijo eso que no le digo se me subió todo el alquitrán a la cabeza... No es por alabarme, mi comandante; pero yo fui de las mejores manos en la escuadra, hace tiempo, y creía que ya se me habría acabado el pulso... Pero con el insulto parece que volví a mis veinte años... Una sola fue la guantada no más... En la policía dijeron que seguramente yo le había pegado con manopla... Se lo juro que no, mi comandante. Fue a mano limpia...

—¿Pero, y qué pasó?...

—Lo dejé sin sentido, y me llevaron preso...

Urquijo guardó silencio.

—Nunca había estado preso, mi comandante... Me dio tanta vergüenza que no quise mandar avisar a bordo y preferí que el buque me dejara... Cierzo es que falté. Pero ésta es la verdad... Ahora he perdido la confianza y la estimación hasta de los grumetes. Mándeme cambiar en el primer puerto... Nunca, señor... y no pudo continuar hablando.

—Voy a despedirte. Que se toque llamada general... —le dijo el comandante.

A los pocos momentos toda la tripulación con sus oficiales formaba en cubierta.

—Hace una semana el contraatastre del buque faltó a sus deberes... — empezó a decir el comandante.

Los grumetes pensaron que Urquijo iba a ser castigado y se arrepintieron de sus burlas.

—Pero el contraatastre —prosiguió el comandante— lejos de merecer un castigo, merece nuestras felicitaciones. No es mi mano la que se extiende, es la mano de la Armada de Chile la que estrecha la de uno de sus más fieles servidores!...

Y, ante los asombrados grumetes, el comandante le dio la mano al contraatastre, quien no sabía si era aquello burla o sueño.

—Desgraciadamente, muchachos, agregó el comandante, vivimos tiempos en que no es solamente necesario defendernos de enemigos extraños a nuestra tierra; hay que defendernos también de los enemigos que se dicen nuestros compatriotas y que reniegan de Chile; el contraatastre Urquijo faltó por castigar a uno de ellos, y merece el homenaje de nuestra gratitud y respeto!

Al poco rato se ofreció una maniobra marinera. Urquijo lució y recobró sus ojos de alcastraz contento, y su pito de plata volvió a resonar glorioso como el canto de un “resurrexit”...

—¡Sobrerros!... ¡Capitanes de alto! ¡Arriba!...

Ese día volvió a predicarles a sus grumetes y esa noche miró con más cariño y más largo tiempo el retrato de su amigo y jefe, don Juan José Latorre, quien parecía sonreírle y decirle amistosamente:

—“¡Te felicito, Urquijo! Bien pegada la guantada. Pero pasando a otra cosa, la verdad es que no me acuerdo bien que me bajara del puente y que te palmoteara el hombro... Pero no importa. ¡Si no lo hice entonces, ahora, cuando lo de la guantada al “paisano del Universo”, bien mereces que te palmotee el hombro, lindo viejo!”.

Reproducido de “Mar y Tierra Nuestra”.